

HOGUERAS

ALMA MANCILLA

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

Pese a que era todavía de madrugada, en las calles del centro el aire estaba ya cargado de los olores de la manteca, del estiércol de los caballos y del excremento y orines de la gente. Para que el mercado se levantara faltaba poco, pero el movimiento había ya empezado, anticipando el espectáculo de un día cualquiera, que culminaba casi siempre en epitafio de montones de basura recortados contra un horizonte lejano, pero siempre nítido. En una de las muchas vecindades aledañas al Real Palacio, en la zona del centro, María estaba terminando de rezar y se disponía a enrollar su petate, que cada mañana reclinaba con cuidado contra la pared de adobe del fondo, cuando se acordó del auto sacramental. ¿No era esta noche? No se lo perdería por nada. Procuró, pues, darse prisa.

De largo cabello y tez clara, María era una niña precoz, avispada y algunos decían que de extrañas ideas; no había ido a la escuela, y ni siquiera había terminado la doctrina, pero tenía excelente memoria, y podía imitar a la perfección las voces y los gestos de los comediantes de las pastorelas y de los autos sacramentales que se organizaban durante la Semana Mayor y las Navidades frente a la Catedral, en un atrio abarrotado de indios y de mestizos que se arremolinaban en torno a un templete. Los indios proferían exclamaciones de terror cada vez que los diablos aparecían, casi siempre ataviados con penachos emplumados y horrendas máscaras rojas, pero a María le gustaba especialmente la pastora, con sus ademanes sensuales y sus cómicas frases que hacían fruncir el ceño al grupo de frailes tonsurados a la romana que seguía la acción del escenario desde una esquina de la plaza: “Ustedes están siempre

viendo visiones. Yo lo único que he visto es que a mi bota se le acabó el vino desde antes del mediodía, y no sé quién habrá sido”, decía la pastora, enseñando las medias y mostrando las enaguas. La indiada se doblaba de risa y los frailes meneaban la cabeza, estrujando cinta y cogulla en señal de protesta. Sí, esa era la diversión.

María descorrió la cortina y miró hacia la calle. El sol no había empezado todavía a acariciar los muros rosados de los palacios. Dentro de un rato la ciudad estaría bañada por una luz pálida, una capa de oro líquido que hacía que las calles parecieran barnizadas de tonos ambarinos. Estaba acostumbrada a salir de madrugada, así que no tenía miedo de la ciudad, ni de quienes la habitaban; conocía bien a los pordioseros de la calle, y lo mismo podía decirse de los borrachines de la zona, o de los mercachifles que se concentraban en las esquinas a beber pulque con los estibadores de las bodegas de vino y de comestibles, esos mismos personajes que, más tarde, ya entrados en tragos, solían meterse a las garitas y a las casas de mancebía a buscar un cuerpo de mujer, de hombre, o hasta de bestia.

El remedo de una voz surgió entonces de la oscuridad de la vivienda: Dame un poco de pulque, María, suplicó. A decir verdad, apenas podía llamarse vivienda a aquel cajón ensartado entre dos umbrales sin puertas, esa tira abierta hacia un patio siempre sucio y lleno de borrachos. Los muros de tezontle rojizo y las estrechas ventanas apenas dejaban entrar refilones de luz, así que María miró hacia atrás, hacia la negrura, sin responder. Sabía que al viejo le daba por murmurar palabras incoherentes de vez en cuando, sobre todo cuando llegaba de madrugada, abotagado por el aguardiente. María, pulquito, María bonita y preciosa..., siguió diciendo aquel. Ya no hay, respondió ella en susurros, vuesa merced se lo acabó ayer. El zapatero emitió un gemido de protesta, resignándose a transitar por los infiernos de su resaca sin una gota de pulque para poder curársela. El zapatero era un hombre pequeño y delgado, de piernas torcidas, ojos amables y rala barba, de rostro enjuto, perdido entre miles de arrugas que le daban la apariencia de un fruto reseco. Los otros niños dormían aún, distribuidos aquí y allá sobre los petates que poblaban la pieza. Sólo María, tan rara, estaba ya despierta a esas horas. A veces el viejo, en una certera intuición, se decía que aquella niña terminaría mal. Aquel comportamiento no era normal.

El zapatero, al tratar de cambiar de posición a fin de encontrar acomodo sobre aquel piso de dura tierra, se movió y, sin querer, hizo trastabillar el cajón de verduras que hacía las veces de mesa, volcando todo lo que había encima. El sempiterno pedazo de vela encendido cayó al suelo, junto con algunas vasijas de barro llenas de indefinibles pomadas, emplastos y cataplasmas. María ahogó un grito, y saltó hacia donde la llamita, por fortuna, había terminado por extinguirse al contacto con el encharcado del suelo. María y el zapatero suspiraron con alivio; las llamas podían prender en los petates en menos de lo que duraba un pasmo, y si estaba de Dios el vecindario entero podía arder, convirtiéndose en un instante secciones enteras de la ciudad en feculentos montones de ceniza. ¿Ya vio vuesa merced?, lo amonestó María con dureza, va a incendiar la casa si sigue así. Dios no se lo perdonaría. Pídale perdón al santito del rincón.

¡Qué santito del rincón ni qué nada!, respondió el viejo, que era paladín de los romeros y de las cofradías y no se iba a dejar tratar así por una rapazueta. Se te van a revolver las entendederas de tanto cuento que te inventas, María, le dijo. Hubiera querido decirle algo más, pero la cabeza le dolía, así que decidió olvidar el asunto y darse la vuelta para tratar de dormir la mona. Después de todo, tenía que hacer valer su autoridad. Bastante había hecho ya con recogerla a ella y a sus dos hermanitos, rescatándolos de entre la densa prole de malvivientes y pícaros, que eso y no otra cosa eran, en su opinión, todas las calles de esta ciudad. Había ocurrido hacía poco más de un año, el día de la fiesta de San Crispín y San Crispiniano. ¡Ah, podía imaginarse la escena! Casi podía verlo: la ramera, borracha y apestosa a aguardiente (como deben ser las rameritas) profiriendo improperios, culpando de sus malandanzas a las pobres criaturas, y éstas, a su vez, asustadas, huyendo de amenazas de cucharones y (porque la imaginación es poderosa) hasta de una hoz salida de quién sabe dónde. Hélos ahí, corriendo hacia la calle, escapando para encontrar refugio entre la canalla del portal de Santo Domingo. Más o menos así había sido, en efecto. La noche en que por fin Josefa había cumplido su amenaza de echarlos a todos a la calle, los niños habían deambulado por ahí un rato, indecisos entre dormir a la intemperie, buscar acomodo en

un zaguán o volver al cuarto, arriesgándose a desatar la ira de la furcia. Pero la Providencia, que cuando quiere actúa bien y en su momento, había querido que justo ese día y a esa hora el zapatero pasara por ahí. Éste, después de oír misa ante la imagen de San Crispiniano, había estado departiendo alegremente toda la tarde en La Simiente, una pulquería cercana a la zona. Caminaba ya de regreso a su casa, de particular buen humor porque había ganado en los naipes y había bebido a placer, y había decidido, en repentino golpe del destino, girar en Donceles. En Donceles, en lugar de internarse por Maravillas, como solía hacerlo. Ah, la Providencia, la Providencia. Apenas había dado unos pasos cuando habían llamado su atención aquellas criaturas andrajosas, a medias ocultas tras un portal. Portaban hilachos y —horror de horrores— iban descalzos. ¿Qué podían estar haciendo allí aquellos menesterosos, parados en medio del frío de aquella noche otoñal? No que no hubiera muchos otros menesterosos ahí, los había, y en cantidades, pero estos eran, cómo decirlo... diferentes. Se veía a leguas que estaban desorientados y algo temerosos. No parecían ser de los pordioseros que dormían habitualmente en las calles. Aquellos conocían los lugares en donde se podía uno mantener caliente, y ocupaban ya, en hordas descomunales, puentes, rincones, agujeros y soportales. ¡Y qué mezcolanza, Dios mío!, había ahí de todas las castas de la Colonia. El ojo experto del zapatero se había puesto enseguida a enumerar los defectos de los pequeños: con semejante cara, ni siquiera va a haber que maquillarlos, pensó. Alabado sea Dios, que éste es mi día de suerte.

Esa misma noche don Sebastián los instalaba de muy buen grado en aquel cuartucho en el que, además de los petates, no había más que un par de huacales y un viejo y tizado anafre. Aquel cuarto de vecindad no difería mucho, a decir verdad, de la pocilga que los niños acababan de abandonar: las mismas estrecheces malolientes, las mismas carencias desairadas. Valga decir que, contrario a lo que pudiera pensarse, los recién llegados enseguida se sintieron en casa. Todos, salvo María, que siendo la mayorcita no había pegado el ojo en toda la noche por el miedo a verse deshonrada. ¡Qué risa le daba ahora al zapatero esa ingenuidad, tan propia de las mujeres! A su edad, ya no paraba un palo, mucho menos si la

doncella no era de colaborar... A últimas fechas prefería dormir. ¡Cómo dormía! De verlo así, acurrucado y apacible, nadie habría pensado que su alma no estuviera en paz. Nadie habría creído que albergara pecados, ni uno solo, y menos uno tan terrible. Pero todos tenemos secretos, innombrables verdades, pozos sin fondo ocultos en las entretelas del alma, y el zapatero no era la excepción. Y es que además del malogrado negocio de zapatos, por el que todo el mundo lo había conocido siempre, y por el que, mal que bien, era respetado, el anciano don Sebastián se veía obligado a navegar, ya desde hacía algún tiempo, por las profundidades turbias de otro oficio mucho más infame. Nadie hablaba en público de ello, desde luego, mucho menos él, pero lo cierto era que existía. Y no sólo existía, sino que resultaba ser, además, lo que les permitía a él y a aquellos niños huérfanos sobrevivir.

La idea había sido de Martín, el más grande de entre aquellos chiquillos. Se le había ocurrido hacía unos tres años, cuando al zapatero apenas empezaba a beber, durante una borrachera en la que a éste se le había escapado que, de seguir tan mal las cosas, tendría que buscar asilo para los niños en otro lado. En ese entonces tenía recogidas a dos criaturas: Martín y Juanito. Ya por aquella época el zapatero no se sentía bien. Había fallado a varias entregas, lo que le había costado perder a sus clientes más importantes, y cada vez menos gente solicitaba sus servicios, porque cosía mal los bordes, pintaba de colores inadecuados las puntas, u olvidaba de quién era cada par. Además, el olor de la piel curtida, que antes le infundía enjundia y coraje, ahora lo hacía vomitar, de suerte que ya no podía coser ni media suela antes de doblarse en arcadas que lo hacían desfallecer. ¡Menudo zapatero era ése, que incurría en vomitonas colosales ante la sola vista del calzado! Antes de que el taller terminara de venirse abajo, el zapatero intentó unirse a otros artesanos, sin éxito. Había pocos clientes, y no era cuestión de compartir. Ante la evidencia de su pronta caída, la idea de su propia manutención debió agobiarlo, y la del cuidado de los dos expósitos debió antojársele imposible. No se preocupe, vuesa merced, que en esta ciudad sobran los caritativos, había dicho Martín antes de exponerle la idea. Al principio, el zapatero se había horrorizado. Pero tras un par de días de reflexión, y luego del primer y fructífero

ensayo, el buen hombre había terminado por convencerse de que aquello le abría nuevas perspectivas. Pese a que en el fondo nunca dejaría de considerarlo como algo vergonzoso, que se tenía que ocultar, y sin duda por lo menos un pecado venial, se sumergió en aquella inercia con beneplácito, siempre temeroso, eso sí, por la salvación de su alma, pero satisfecho de no tener que echar a los niños a la calle y, sobre todo, de haber encontrado la manera de no morir de hambre él mismo. Y no le gustaba nada la sopa boba del convento, que en más de una ocasión se había visto obligado a consumir... Lo malo era que aquel cambio de oficio había sido, al parecer, un aliciente que lo había empujado con más ahínco que nunca a la bebida. Hoy por hoy el pobre era un borrachín al que todavía le gustaba, empero, que se dirigieran a él por el mote del oficio que había ejercido durante casi toda su vida. Zapatero había sido y zapatero seguiría siendo. En su opinión, morir devoto de San Crispín era lo menos que se merecía tras tantos años de honesto obraje. Y ahí seguía, tendido en el suelo, rodeado de esas criaturas que lo ayudaban, literalmente, a sobrevivir.

¿Te comió la lengua el gato, María?, preguntó el zapatero con voz pastosa. No, don Sebas, estaba pensando, respondió ella, ya muy cerca de la puerta. ¿Ahora ya piensas, María?, dijo el zapatero. Ese no es trabajo de mujeres, menos de muchachitas como tú. No creas que no me he dado cuenta que ahora te da por rezar en latín... La niña dio un respingo al saberse descubierta. Cierto que se había encontrado un misal en latín en la basura, y que practicaba las oraciones cuando creía que todos dormían, pero le gustaba tener sus secretos, así que no le agradó nada enterarse de que alguien la había descubierto. Desde luego, María no entendía latín, pero le gustaba cómo sonaba. No había tenido ocasión de recibir lecciones adecuadas de catecismo, y de alguna manera sentía, además, que aquello suplía esa falta. Si viera, don Sebas, murmuró ella, muy bajito para no despertar a los otros, la de cosas que se aprenden en las calles. Sus ojos brillaban en la oscuridad, semejantes a dos luciérnagas. ¿Vuesa merced sabe quién es San Cleofas? Escuché el otro día una historia interesantísima, pero con ese nombre, don Sebas, imagínese vuesa merced...

Don Sebas sonrió, divertido. Pese a todo, aquella charla le caía especialmente bien. Era lista, más que ninguno de los

otros niños, y si hubiera tenido una hija hubiera querido que fuera justo así. No por nada era a ella, de entre todos, a quien le había transmitido su máximo tesoro. Y es que por cada vicio hay una virtud, y en esto el zapatero tampoco era excepción. Don Sebastián Horcasitas sabía leer. ¡Menuda cosa! No cualquiera podía preciarse de ello en tan oscuro tiempo y lugar. No viene al caso decir cómo había aprendido; baste informar que transmitió a la niña ese conocimiento, y que eso había ocurrido en un santiamén. Pese a que el zapatero no había hecho más que repetirle el silabario entre trago y trago de pulque María nunca olvidaba una letra, y en menos de dos semanas era capaz de leer, y de corrido. Instruirla en las verdades elementales del catecismo había sido, a partir de entonces, un juego de niños. El zapatero quizá hubiera continuado su somera educación de no ser porque María siempre parecía querer más, siempre andaba haciendo preguntas y buscando respuestas inusuales. Eso y su teatralidad, que lo exasperaba. Ahí estaba, en ese mismo momento, hincada frente a una estampita de la Virgen de los Remedios, rezando y con los ojos entornados.

Niña, no exageres, le dijo el viejo con desdén. Me gusta que seáis devotos, pero por amor de Dios, María, ¿a esta hora? Vás a despertar a esas criaturas. La niña le largó un mohín. Luego no me pregunte vuesa merced por qué ando en la calle, agregó. En esta casa se asfixia uno. María se guardó la estampita debajo de la ropa, se acercó al pedacito de espejo que colgaba del muro (un verdadero lujo, traído por Martín) e hizo finta de arreglarse. Sabía que era bonita, pese a no tener para ninguno de los afeites y polvos de las grandes señoras, pero había en su mirada algo triste y cansino, como de mujer de más edad. María hizo dos o tres gestos en el espejo hasta quedar satisfecha, se echó el rebozo sobre los hombros y salió de la casa, tan fresca como una lechuga. Una vez afuera, respiró profundo un par de veces. Miró hacia atrás, para darse ánimo, pero la imagen de la vecindad sólo le produjo cansancio. Sin tardar, se aprestó a adentrarse en la calle, que era, de todas formas y de entre todos los lugares posibles, el que más le gustaba.

De la Catedral a San Andrés, y de ahí hasta el convento de San Jerónimo, María deambulaba a menudo por aquellas calles largas

Te digo que funcionará, insistió Martín a María, que lo miraba con sus ojos como platos desde detrás del enorme crucifijo recargado en el muro del fondo. Lo habían armado la víspera con un par de tablas viejas, y les había quedado con el madero transversal caído, de suerte que si hubiera habido un crucificado encima, éste se habría ido de lado. A María le pareció tan falso como todo lo demás y, por más que le daba vueltas al asunto, nada le quitaba de la cabeza la impresión de que, de entre todas las ideas que Martín había tenido en los últimos años, esta era, si no la peor, sí la más arriesgada. Juanito, que se sentía mucho mejor, estaba en cambio más que contento de poder participar de aquel plan, así que canturreando una canción se dispuso a acomodar las flores en el jarrón, junto al petate. Martín le había maquillado el ojo sano para proteger el ojo convaleciente, asegurándole que nadie notaría la diferencia, porque la gente ávida de milagros no se fija en los detalles. Martín y María ensayaron de nuevo los pasos que habían visto ejecutar a la beata y a su parienta, prendieron las velas e instalaron un anafre en el que dejaron arder un poco de copal. Vestida con un mantón negro que la cubría de pies a cabeza, María parecía una madona dolorosa. Desde hacía un par de días, Martín había dejado correr por la calle el rumor de que el niño había vuelto a enfermar. Pero no sólo eso. Dios, así había dicho, Dios, que siempre proveía el mal junto con la solución, se le había revelado a María. ¿Cómo? Pues como solamente Dios sabía hacerlo, es decir, en extrañas visiones (había usado esa palabra, “extrañas”, que le parecía que sonaba muy bien). María iba a rezar para que el niño se aliviara, y todos

estaban invitados, desde luego, a unírseles en oración. No podía fallar.

Faltaba poco para que cayera la noche, así que había que darse prisa. A la gente no le gustaba mucho salir cuando ya estaba oscuro, porque siempre había malvivientes y aparecidos en las calles. María se arrodilló y empezó a rezar, secundada por Martín. Rezó primero en susurros, y luego más y más alto. Como Martín lo esperaba, los primeros curiosos no tardaron en aparecer. ¿Por qué será que a ese tipo de espectáculos morbosos nunca les falta concurrencia? A mitad de los misterios dolorosos, justo cuando el auditorio estaba más nutrido, a una señal convenida, María se dejó caer al suelo poniendo ojos en blanco y brazos en cruz. ¡La muchacha está privada!, gritó uno de los asistentes. No hay nada que temer, señores, se apresuró a decir Martín. Le pasa todo el tiempo. Es así que se entiende con los santos... María entornó los ojos, arqueó el cuerpo y escupió espumarajos, y cuando la concurrencia se persignaba se levantó y, como autómata, fue a pararse frente a la cruz. Se quedó allí unos instantes, inmóvil, mientras el público esperaba. Luego, en sublime gesto, recitó las líneas que tan cuidadosamente se había aprendido la víspera: ¡Este calor gozoso! ¡Ay Señor mío, me abraso con tu fuego! *Dies irae, Dies irae...* *Orate pro nobis...* Eso era todo lo que se sabía, pero por lo visto había causado gran impresión. Algunos de los presentes habían caído de rodillas, y a más de uno se le escapó un graciasadío. Tras abrazarse al crucifijo (que a poco estuvo de venirse abajo), María dio un par de vueltas en torno al enfermo, ante cuyo rostro se inclinó luego para colocarle, con sumo cuidado, un par de flores, antes de lanzarse a la recitación de una jerigonza incomprensible, un galimatías tan enredado que era imposible saber si iba dirigido a Dios o al Diabolo. En realidad, la muchacha no hacía sino repetir algunos de los rebumbes que recordaba de los oratorios de los negros, que dichos así, deprisa, sin música y mezclados con una que otra palabra en latín, parecían jerga sagrada. O profana, según. Entonces, Juanito se movía, exhalaba dos o tres quejidos y decía, con voz apenas audible, que se sentía mejor. ¡El Señor nos ha oído!, gritó Martín, y el cuarto estalló en un espontáneo grito de júbilo. En los rostros boquiabiertos y demudados se notaban el terror y la

admiración. Sí, allí había descendido la ilustre gracia del Señor, la misericordia del Altísimo, la Gloria de los Ángeles. Por si las dudas, antes de que se disparara tan benévolo efecto, Martín se apresuró a pasar la bolsa. Algunos de los presentes querían tocar a María, o le daban las gracias, como si acabara de curarlos a ellos mismos o a sus propios hijos. Era mejor de lo que habían pensado.

Ya puedes levantarte, susurró Martín cuando todos se hubieron marchado, ¿qué esperas? ¿No te lo dije? ¡Esto es mejor que la limosna! La sonrisa podrida de Martín resplandecía ante el brillo del metal. ¡Y ni siquiera hemos tenido que salir de casa! Tenemos que hacerlo de nuevo, María. Pronto; mañana tal vez. Ésta casi no podía creerlo. Los había engañado, a todos y cada uno. Aquel día, sumida en la discreta gloria de su hazaña, María entendió una cosa: no hacía falta tocar la faz de Dios. Claro que no. Bastaba con que los otros pensaran que así había sido. Dos o tres pantomimas más fueron improvisadas, siempre con idéntico éxito, hasta que el cuento de la afección de Juanito corrió el riesgo de dejar de parecer creíble. Menos mal que aquí lo que sobraban eran los males y quien supiera fingirlos, y pasaron luego por el catre Piedad, Miguelito y hasta el propio Martín. Luego, María empezó a dar consultas, nada excesivo, gente a la que le faltaba salud del cuerpo o del espíritu. De fingimiento en fingimiento, María empezó a ser llamada beata. ¡Bravo! Era toda una hazaña. Claro, quienes venían a sus funciones (¿de qué otra forma llamarlas?) eran personas de la peor ralea, y si no, al menos sí tan pobres o más que ella. No se podía ganar mucho así. Martín estaba confiado en que debían intentar algo más, algo grande, algo de categoría. Ir a ver a un duque, o a un conde. Y quizá lo hubieran hecho, de no ser por el miedo. Ese miedo que se le seguía colando a María en el cuerpo por las noches en aquel sueño de bolas de fuego, el mismo que luego la encontraría muy campante, durante una procesión. El corcel de Belcebú, el caballo de lumbre, el miedo que engarrota y que nubla la razón.

Venía sobre La Fragua e iba rumbo a San Lorenzo, trayendo consigo una confusión de humo y de gente. Venía en forma de procesión. En el sambenito de los condenados bailoteaban demonios de rasgos grotescos, diablos de pezuñas hendidas y colas bífidas

En la calle donde vivían María y los niños la peste se había instalado sin tapujos, porque entre la pobreza y la mugre todos los males proliferan mejor, más a su gusto, sin nada que les estorbe el paso. Los vecinos, acostumbrados a ver morir a sus niños de seguidillas, diarreas misereres y chancros de todo tipo se contentaron con encomendarse a San Roque, San Sebastián y San Cristóbal, cuyas efigies fueron sacadas en procesiones presididas por frailes descalzos y flagelantes semidesnudos. María, que había oído decir que con ajos y hojas de laurel, de tomillo y de romero se podía hacer una infusión cuyos vapores ahuyentaban los miasmas malignos, se dio con verdadero ahínco a esa tarea. Durante muchos días y muchas noches hirvió hierbajos en un pocillo desconchado, mientras rezaba avemarías y credos, retirando con cuidado de la lumbre aquel bebedizo y agitándolo luego de derecha a izquierda, igual que en las iglesias hacían los sacerdotes con los sahumeros. El aire de la ciudad olía a vómitos y a sudores infectos. Los cadáveres se acumulaban en atrios, se amontonaban a las orillas de calles y acequias ante la insuficiencia de hospitales, albergues y cementerios. En las inmediaciones de todas las casas rondaban multitudes de menesterosos, una plebe infecta que, incapaz de contener el avance de la enfermedad en su propio cuerpo, vomitaba y hacía sus necesidades por doquier, cual inmundas bestias que desovaban enfermedad y contagio. Debido a la epidemia, y porque hasta el menos entendido en humores y desequilibrios de la salud se hubiera dado cuenta de la ventaja de mantenerse alejado de otros, María decidió suspender, al menos de manera temporal, sus servicios de mujer

pública. Tenía varias semanas que no recibía a nadie, y de todas formas los clientes no proliferaban, sobre todo allí, en el centro, donde en cada rostro parecía leerse la huella de algún forúnculo, de alguna pústula, de alguna excrescencia sospechosa.

Dicen que hay muertos hasta en casa del virrey, dijo Martín una noche, lo que a su parecer probaba que los diablos no entendían de jerarquías ni sabían de títulos nobiliarios. Una mañana, al bajar a buscar agua en una de las pocas fuentes que, se rumoraba, estaba aún limpia, María se enteró con gran pesar que Josefa había sucumbido a la peste. ¡El Demonio está haciendo de las suyas! ¡Arrepentíos!, gritaba alguien desde la calle; imposible saber si se trata de un sacerdote, de un iluminado o de ambas cosas. Porque a falta de curas efectivas contra la peste llegaron las procesiones, misas y novenarios, que hicieron arder calles e iglesias en las llamas del furor y del miedo colectivo. Nunca se había visto tanta oración: se oraba en las casas, en las plazas públicas, en los panteones. Se oraba en las calles. Se oraba en silencio y se oraba a gritos. En todas las bocas resonaba el miserere. Se decía que el obispo de la diócesis estaba enfermo y que pronto moriría, y algunos no dudaron en afirmar, entre Dios nos salve y avemarías, que el mundo, ahora sí, llegaba a su fin.

La comida empezó a escasear. Con tanta gente enferma entre los labriegos y los arrieros, en el mercado sólo podía encontrarse maíz viejo y verduras macilentas. Algunos de los nobles y pudientes empezaron a abandonar la ciudad. Se veían pasar los carruajes atestados de pánico, llenos de gente que iba a instalarse a sus casas de campo, en las afueras, al abrigo de los infectados y de los muertos. Los que tenían menos medios optaron por recurrir, por decenas, a los asilos, conventos y orfanatos que se desbordaban ya de apestados y dolientes. María no se atrevió a asilarse en el recogimiento, el único lugar que recibía a las de su clase, no sólo porque temía dejar solos a los suyos, sino porque estaba bien enterada de las cosas terribles que ocurrían en esos lugares. Algunos de estos sitios eran regentados por frailes innobles, y eran a menudo poco más que prisiones disfrazadas, antros lúgubres en los que se maltrataba a las mujeres y se les encadenaba, una tras otra, en pasillos llenos de excrementos y de orines, en donde muchas terminaban, en efecto, por enloquecer.

El sonido de la aldaba del portón rebotó en los muros, largo y poderoso como un trueno, entrechocando con salientes y esquinas, doblando en recovecos hasta llegar a la última habitación de un pasillo largo y oscuro, hasta la puerta de aquella habitación dentro de la cual Engracia se levantó de mala gana, alertada por aquel escándalo. ¡En mal momento llamaban! Justo cuando iba a llevarse a la boca el pedazo de turrón que, con tanto celo, estaba guardando desde ayer. Aquella mujer, aún joven pese a sus muy gruesas carnes, tuvo un mal presentimiento. Por precaución, decidió esconder el dulce cuidadosamente entre los pliegues de la almohada. Nunca se sabía quién, por hambre o por hacerle la malicia, podría robarle sus tesoros. La elefantina figura de Engracia ensombreció el estrecho corredor, descomunal ola que arrastró, a su paso, los escasos charcos de luz. Sobre los azulejos del piso montaba guardián una fila de helechos, mustios y alicaídos como lagartos, como serpientes que se confundían, a la distancia, con las sombras de las tejas y, más allá, con las ensortijadas enredaderas que desde el jardín invadían las balaustradas del caserón. La aldaba sonó otra vez, con más ganas: ¡Ya voy, que no estoy en la puerta!, gritó Engracia, tropezando con sus propios botines, lenta y lerda de maneras como lo era de entendimiento. ¿Doña Caridad de los Ángeles Mendoza?, preguntó la muchachita desharrapada que la miraba desde el umbral con ojos de gato desahuciado. Lo que faltaba: la casa se iba a llenar de pordioseros, de mendicantes, de los que apenas ayer se apiñaban, apestados, a las puertas de todas las iglesias. Y los tiempos no estaban para dar. Porque si la ciudad salía

ya, a duras penas, de los miasmas de la epidemia, la situación de la mayoría no por ello había mejorado. Más para ganarse algo de cielo que para socorrer a aquella mugrosa, Engracia iba ya a traer de la cocina algún mendrugo no muy enmohecido, cuando la muchachita le anunció, sin ambages, que era la recomendada del capellán De Sosa. Engracia abrió tremendos ojos de sorpresa; había visto al confesor hacía dos días y no estaba enterada de nada. Aunque claro, ella no era persona a la que los demás anduvieran enterando, eso había que reconocerlo. Ella era un personaje menor, un peón en un tablero de ajedrez. Una mujer, además. Seguramente esta tonta quiere decir “donada”, reflexionó Engracia, que empezaba ya a encontrarle sentido y hasta gracia al asunto. Era cosa sabida que algunos personajes ilustres y clérigos afamados enviaban a muchachas decentes (y a algunas no tan decentes también) pero pobres, a niñas de pocos recursos, a trabajar a los conventos, con el respaldo, desde luego, de su buen nombre por delante. Aquellas donadas no estaban ligadas por todos los votos religiosos, sino sólo por el de obediencia, lo cual no era poca cosa. Eran, pues, en la práctica, equivalentes a las criadas, con la ventaja de que no se les pagaba. Engracia miró a la recién llegada otra vez. Un par de brazos más no les vendrían mal. Por otro lado, no era un secreto que a muchas mujeres se les iban los ojos con el joven capellán...

Muy a su pesar, Engracia invitó a la visitante a pasar. Ya adentro, la examinó con poca cristiana atención: chapines viejísimos y agujereados, cabello enmarañado, faldón sucio y luido, ¿de dónde se habría sacado el capellán a semejante zarrapastrosa? Engracia pidió a la muchacha que esperara en la capilla, en donde la dejó, no sin antes tener la precaución de cerrar la puerta con llave. No fuera a ser que a la recién llegada se le ocurriera marcharse llevándose algún relicario o algún santo, que los había ahí de ropones valiosos y coronas con baño de oro. Engracia subió entonces a la habitación de Caridad de los Ángeles para comunicarle que tenía visita. Luego, al acordarse súbitamente del turrón abandonado, se precipitó escaleras abajo como alma que lleva al diablo.

Caridad de los Ángeles observó a la recién llegada con desprecio mal disimulado. Había recibido apenas esa misma mañana la

misiva del capellán De Sosa, y no se esperaba que la muchacha llegara tan pronto. Pese a que el capellán mencionaba su especial virtud y, como solía suceder con los virtuosos pobres, su necesidad de un techo, la joven no tenía buena pinta. Su rostro, severo por naturaleza, se contrajo en un mohín. Había establecido excelentes relaciones con el capellán De Sosa y no quería ofenderlo, pero aquí vivía gente decente, no ralea de bajos fondos, y siempre era preferible la certeza de una buena cuna a todas las recomendaciones del mundo. Todas las mujeres de su casa lo sabían. Ellas mismas provenían, si no de familias nobles, al menos de casas respetables, y he aquí que esta tunanta le llegaba sin nombre, sin dote y, por si fuera poco, oliendo muy mal. Pero Caridad de los Ángeles apechugó. Era mujer de temple, después de todo, y no iba a faltar a su palabra. A gritos mandó a las criadas que la acomodaran en el cuarto adyacente al cobertizo. Hacía mucho que no se usaba y estaba lleno de polvo, pero doña Caridad supuso que a una moza tan pobretona aquello no le importaría. Luego volvió a sus ocupaciones. Pero ya no pudo concentrarse. Por más que intentó, ya no lo logró. Porque lo cierto es que a doña Caridad de los Ángeles la recién llegada, desde el principio, le desagradó. Y no sólo por su mala apariencia. Quizá intuyó algo. O quizá haya pensado que entre el capellán y esa mugrosa había algo más que sólo consuelo espiritual. Quizá no. El caso es que, de alguna manera, y desde esa noche, doña Caridad de los Ángeles decidió que la advenediza (así la consideraría siempre, incluso después, cuando se viera obligada a llamarla beata, aunque sólo fuera de dientes para afuera) debía marcharse pronto. Cuanto antes. Que se quedara unos días, si quería. O unas semanas. El tiempo necesario, pues, al menos hasta que al capellán, que al fin y al cabo era un hombre, se le pasara el capricho.

Nunca se había visto ciudad más cercana a Dios. Tan sólo de monjas, entre los conventos de clarisas, jerónimas y concepcionistas se contaban dieciséis, sin mencionar aquellos que pertenecían a las órdenes masculinas y, por supuesto, sin contar los recogimientos y beaterios. Estos últimos, en particular, eran los más conspicuos, porque podían estar en todas partes sin ser vistos; brotaban como